



NUEVO, Y CURIOSO ROMANCE DE LA TRAGICA HISTORIA, y admirables successos del Principe de Argel, que fue aprisionado de unos soberbios Cosarios, y traído à España, sin saber la presa, que traen, y fue vendido, y de la suerte que fue descubierto à su Amo: con lo demàs. que verà el curioso

Lector.

EN la Ciudad mas alegre,
 que calienta con reflexos
 este Faról luminante
 de esse tachonado Cielo,
 cuyas alfombrás de Estrellas
 adornan el Firmamento,
 que es la Ciudad de Alicante,
 de España famoso Puerto,
 que oy la rige, y gobierna
 el Rey Don Carlos Tercero,
 Monarca invicto de España,
 cuya vida guarde el Cielo.
 En fin, en esta Ciudad,
 que ya mencionada dexo,
 de Padres nobles, y ricos
 nació un bizarro mancebo,
 es liberal, y entendido,
 para las armas muy diestro.
 Llamabase aqueste Joven
 el Señor Don Pedro Azedos

apenas tuvo veinte años
 este noble Caballero,
 se enamorò de una Dama,
 que era la hija de Venus,
 un portento en hermosura,
 y de Pallas un bosquejo.
 Passabale la calle
 con amorosos anhelos,
 siendo un lince de sus rexas:
 y otro Argos en sus desvelos,
 le escribiò muchos villetes
 con muchos discretos versos,
 dandole à entender su amor,
 y la Dama conociendo
 la firmeza de su amante,
 aguardó lugar, y tiempo,
 y un Domingo por la tarde,
 estando tomando el fresco
 en la puerta del jardin,
 vido venir à Don Pedro,

se aguardó con gran semblante,
llego, y se quitó el sombrero,
le hizo una cortesía,
y le dice: Amado dueño,
o, qué dichosos que han sido
mis ojos en este tiempo!
Pues han llegado à mirar
à tan peregrino objeto:
si mereciera, Señora,
el ser tu querido dueño,
no hubiera cosa en el mundo
para mi de mayor precio.
Le respondió la Señora,
diciendole: Caballero,
has de saber, que mi Padre
tiene su merced otro intento,
de meterme Religiosa,
y yo ser Monja no quiero,
porque estoy determinada
à pagar vuestros desvelos;
llegad, Señor, à mi Padre,
y pedirme en casamiento,
con la respuesta que os diere,
luego despues nos verèmos.
Toda la tarde passaron
con finezas, y requiebros,
y así que llegó la noche,
alegres se despidieron;
fue el Caballero à su casa
regocijado, y contento,
y así que amaneció el dia,
con gran cuydado, y anhelo
fue Don Pedro vigilante
à la casa de su Suegro,
llegó, y tocando à la puerta,
salió à abrirle un Escudero,
le preguntó por su Amo,
y le respondió diciendo:
En casa està su merced:
Diga usted à esse Caballero,
que aqui està puesto à sus plantas

el Señor Don Pedro Azedo;
si me concede licencia,
passaré luego allà dentro,
à hablarle quatro palabras,
que traygo de mucho empeño.
Fue el Paje, y subió el recado;
pero el bizarro Don Diego
lo recibió en una sala,
y con muchos cumplimientos
se saludaron cortesés,
y declarando su intento,
Don Diego dixo: Señor,
yo tengo hecho e concepto
de meterla Religiosa,
pero no sè sus intentos;
y para que no dudeis,
ni en mi nunca pongais duelo,
aqui en presencia de todos
serà bien que la llamemos:
llamò à su querida hija,
la qual acudió al momento
mas blanca que una azuzena,
y aun mas hermosa que Venus;
entrò en el quarto, y mirando
à su muy amado dueño,
disimuló quanto pudo,
y dice el anciano viejo:
Has de saber, hija mia,
que este noble Caballero
te ha pedido por su esposa,
solo tu respuesta espero:
Respondió determinada
con un semblante halagueño,
diciendole: Señor Padre,
yo tengo hecho el concepto
de daros gusto cumplido
en lo que mandèis, y es cierto,
que si es cosa que conviene,
yo estimo mucho à Don Pedro,
y lo tendré por esposo,
siendo usted gustante de ello.
Viena

Viendo la resolución,
entre los tres diu, usieron
se aceptassen las bodas,
y tambien al mismo tiempo
le dieron palabra, y mano
estos dos amantes tiernos.
Querer contar las finezas,
solo à el silencio las dexo.
Depidieronse cortesés,
ya quella tarde Don Pedro
solo se baxò à la Playa
por divertir pensamientos,
y andandose recreando,
viò que abordaba à el Puerto
un Barquillo de Corsarios,
que traían prisioneros
quatro Turcos Argelinos,
y reparò el Caballero,
que entre los quales venia
un vigilante mancebo
tan dispuesto, y tan bizarro,
tan cortès, como discreto,
le dixo à el que gobernaba,
que si querian venderlo,
dicen que sí, y lo ajustaron
en ciento y cinquenta pesos.
Tomandolo por la mano,
lo llevò en cas de su dueño,
y le dice: Amada prenda,
oy he hecho aqueste empleo,
que te he comprado un Esclavo,
que te sirva de Escudero,
mira, que lo trateis bien,
que es hombre de grande arresto.
Lo recibì la Señora,
y quedò en casa el mancebo
sirviendo tan lealmente,
que estàn los Amos contentos
mas un dia por la fiesta,
en tiempo que està Don Diego
recoestado allà en su cama

pagando tributo al sueño,
fue Don Pedro à ver su Dama,
y entrò con algun silencio,
mas à el passar por el quarto
del Turco oyò, que con tiernos
suspiros se lamentaba,
y decia aquestos écos:
O desdichado de mi,
que de esta suerte me veo,
siendo Principe de Argèl,
y ahora estoy prisionero;
mas lo que llegò à sentir,
y mas me lastima el pecho,
es à mi querida Zayra,
que el ir à verla no puedo,
Ay Zayra del alma mia!
Quièn pudiera ser correo,
y ir à llevarte la nueva
del parage en que me veo.
El Amo que atento escucha,
se metiò pronto allà dentro,
y le dice: Mira Moro,
juro à ley de Caballero,
si me cuentas la verdad
de lo que estabas diciendo,
de ampara te en quanto pueda,
y darte libertad luego.
El Turco le respondiò,
formando un suspiro tierno,
si me estàs atento un rato,
te he de contar mi suceso:
Yo soy Principe de Argèl,
y Señor de todo el Reyno,
y estava recien casado
con el hermoso compendio
de la Princesa de Tuzez,
y esse es el dolor que siento,
y aquellos tres que llegaron
aquí en mi acompañamiento
eran deudos muy cercanos
de mi muy querido dueño,

y fue que estando una noche
los quatro tomando el fresco
en las orillas del mar,
llegò esse B rco soberbio,
y sin poder escaparnos,
nos traxeron prisioneros,
donde estoy à tu mandado;
y así por Alà te ruego,
que me concedais licencia,
para que le escriba un pliego,
dandole cuenta à mi Padre
del parage en que me veo,
que tendrèis por mi rescate
un millon de oro muy cietto;
El Amo le respondió
muy cortesano, y discreto,
si es verdad lo que me dices,
desde luego te prometo
el darte tu libertad,
y de ponerte en tu Reyno,
pues vale mas mi palabra,
que quanto tiene un Imperio;
pero el Turco agradecido,
metiò la mano en su pecho,
y sacando una venera,

y un Toysòn de grande precio,
le dice: Toma Señor
estas dos prendas que tengo,
y mira, que las guardéis,
que son de estimado precio:
el Amo las recibió,
y al punto le despidieron,
se fue donde està su Dama,
contandole este suceso,
le dieron cuenta à su Padre,
y todos tres muy contentos,
el libertar à el Esclavo,
pues se lo ofreciò Don Pedro,
y con aquestas razones,
abreviando el casamiento,
se celebraron las bodas,
donde oy viven muy contentos,
dandole gracias à Dios
Doña Iabèl, y Don Pedro.
Dexèmos en este estado
este Romance primero,
que en otra segunda parte,
noble Auditorio discreto,
darè noticias cumplidas
de esta Historia por entero.

FIN.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de Don Juan de
Medina, y San-Tiago, Plazuela de las Cañas, donde
se hallarà de todo surtimiento.

SEGUNDA PARTE, EN QUE PROSIGUE LOS TRAGICOS
sucessos de haver enviado al Principe à su Tierra, con lo demás
que verà el curioso Lector,

SI con el otro Romance,
S noble Auditorio, y discreto,
no le di fin à la Historia,
atencion, que ya comienzo:
Ya sabrán como quedaron
Doña Isabèl, y Don Pedro
muy unidos, y conformes
en su feliz casamiento,
y deseosos de hallar
Embarcacion en el Puerto,
para enviar el Esclavo;
que el que es noble, y Caballero
se porra de aquesta suerte,
y andando con grande anhelo,
todos los dias salian
el Principe con Don Pedro
à divertirse à la Playa,
y una tarde quiso el Cielo,
que estando los dos sentados
en el Muelle, llegó à el Puerto
un Navio de Irlandeses,
que les faltò bastimento
para seguir su viage.
y el Caballero à este tiempo
se metió en la Embarcacion,
y al Piloto Marinero
le preguntó donde iba,
y le respondió, diciendo:
Para la Ciudad de Argèl
ciertas mercancías llevo,
que allà tengo buen despacho,
y le dice el Caballero:
Amigo, si usted pudiera
facarme de aqueste empeño:
que hay en mi casa un Esclavo,
que ha servido mucho tiempo
à sus Amos lealmente,
y prometido le tengo

de darle la libertad,
y de ponerlo en su Reyno,
y si usted quiere llevarlo,
pagaré el viage luego,
dixo que sí, y lo ajustaron
el transportarlo en cien pesos,
Se despidió vigilante,
fuè à su Casa el Caballero,
y le dice: Elposa mia,
has de saber, que ya tengo
el viage negociado,
y Embarcacion en el Puerto,
para que lleve el Esclavo
à su Tierra con acierto;
mañana por la mañana,
si viene feliz el viento,
tiene de ser la partida,
y la Dama con contento
pidió licencia à su esposo,
y se la concedió luego,
para hacerle una fineza
à el Principe por por el premio
del Toyson, y la venera,
y en aqueste mismo tiempo
facó un collar de esmeraldas,
y no aní lo de los dedos
de Zafiros, y Rubies,
con esmaltes de gran precio,
y le dice: Toma Moro
estas dos prendas te entrego,
y en llegando à ver tu esposa,
dile, que yo se la ofrezco,
para que de mi se acuerde
ahora, y en todo tiempo.
Y así que amaneciò el dia,
con grande acompañamiento
salieron hasta la Playa,
adonde se despidieron. En

Entró el Turco en el Navio,
largan las velas à el viento,
y dentro de pocos dias
desembarcan en el Puerto
de la gran Ciudad de Argèl,
y el Principe muy contento
se despidió de la gente,
y à nadie contò el suceso;
se fue para su Palacio,
y así que se vido dentro,
llegò donde està su Padre,
estas palabras diciendo:
Dulce Padre de mi vida,
ya permitieron los Cielos,
que tengais à vuestra vista
à tu hijo prisionero,
que en la Ciudad de Alicante
encontrè un amo tan bueno,
que así como supo quien era,
me hizo muchos cortejos,
y me diò la libertad,
y à costa de su dinero
me ha traído à tu presencia,
y esto merece gran premio;
alborotòse el Palacio,
y la Princesa à este tiempo
acudiò desfavorida
à ver à su amado dueño
hechos sus ojos dos mares,
le echò los brazos al cuello,
facò el collar, y el anillo,
estas palabras diciendo:
Recibe allà estas dos prendas,
que por presente te ofrezco
del ama que yo tenia,
por que hagais memoria de ello,
las recibió la Princesa;
se puso el collar al cuello,
y juntamente el anillo
en sus muy hermosos dedos,
intentaron el hacer
muchas fiestas, y torneos,

en gloria de que ha venido
el Principe à ver su Reyno:
Dexèmos en su alboroto
à los Moros, mientras vengo
à la Ciudad de Alicante,
y digo, que al tal Don Pedro
se le ha ofrecido un viage
à Cartagena del Puerto,
à tomar un Mayorazgo,
que le viene de derecho;
levò con sígò à su esposa,
y à su muy querido suegro,
y con sígò una criada;
una tarde se partieron
de la Ciudad de Alicante
en un Barquillo pequeño;
pero la fortuna adversa
le ocasionò un mal encuentro,
tres Navios Argelinos
delante se le pusieron,
y sin poder resistirse
los apresaron, y luego
asieron à la Señora,
y así que vido Don Pedro,
que su esposa està cautiva,
lleno de rabia, y veneno
saltò dentro de un Navio,
mil travessuras haciendo,
à unos hiere, y à otros mata,
à otros derriba en el suelo,
à otros arroxa à la mar,
adonde allí fenecieron.
Y viendo el daño que hacia,
y que no pueden prenderlo,
hacen una estratagemas,
que era echarle un lazo al cuello,
y así que lo sujetaron,
me lo amarraron à un seño,
y à la gran Ciudad de Argèl
en breve la vuelta dieron;
vàn à dar cuenta al Rey
de la pressa que havian hecho,

y como traen maniatado
a un vigilante morisco,
que matò cinquenta Moros,
y heridos mas de otros ciento,
y à no haverle sujetado,
diera fin de todos e los;
el Rey, que atento escuchaba,
mandó, que luego al momento
lo lleven à una mazmorra,
y que lo carguen de hierro,
y que traxessen dos potros,
y atado à la cola de ellos,
lo arrastrassen por las calles,
porque sirva de escarmiento,
y que despues de arrastrado,
con unos garfios de hierro
le hiciesen quatro pedazos,
y à la mar lo echassen luego.
La hermosa Doña Isabel
viendo à su querido dueño
metido en tanto peligro,
eran tantos los lamentos,
las lagrymas, y suspiros,
que ablandan el duro acero,
y assi que alcarzó à saber,
como le hallaba en el Puerto
de la gran Ciudad de Argel,
aqui tomò algun consuelo.
Pidiò licencia à su Amo,
que le concediesse luego
la dexasse ir à Palacio,
por ver si hallaba un empeño:
el Amo se lo concede,
como haciendo mofa de ello,
y tambien le diò dos Turcos
para su acompañamiento.
Iba la noble Señora
por las calles de este Pueblo
tan triste, y desconsolada,
que parece un misionero,
llegò cerca del Palacio,
quando en este mismo tiempo

la Princesa que escuchaba
el alboroto, y estuendo,
viò venir à los dos Turcos,
y en medio aquel Angel bello,
y que venia llorando,
los llamó con un pañuelo,
lo qual acudieron prontos,
mil reverencias haciendo.
La hermosa Doña Isabel
vido, que tenia à el cuello
aquel collar de esmeraldas,
pronta le mirò à los dedos,
y conociendo el anillo,
estas palabras diciendo:
Cierito es, discreta Señora,
que essas dos prendas que veo
puestas en vuestra persona,
fueron mias algun tiempo,
yo se las di à vuestro esposo
quando estuvo prisionero.
Zayra, que atenta escuchaba,
le respondió assi diciendo:
Pues dime tu, de donde eres?
Y le respondió à el momento:
De la Ciudad de Alicante
soy para el servicio vuestro,
mi nombre es Doña Isabel,
mi esposo Don Pedro Azedo,
el qual librò à tu marido,
y lo traxo à aqueste Reyno,
y oy està en una mazmorra
entre prisiones, y hierros,
y està sentenciado à muerte,
y assi, Señora, te ruego,
que seais mi medianera,
pues que tan sola me veo.
Apenas aquesto oyò
Zayra, se partiò al momento
à buscar à su marido,
que està en la cama durmiendo,
dice: despierta Jamete,
¿has de saber por muy cierto, ¿

que está aqui Doña Isabèl,
y tambien Don Pedro Azedo,
q̄ el que has metido en prisiones,
para dàr castigos fieros
es el que te libertó,
y te traxo à aqueste Reyno,
y ahora es preciso le ampara,
porque à Ley de Caballero,
obras con obras se pagan,
y mas si se están debiendo.
Jamete, que aquesto escucha,
partió al balcon como un trueno
conoció à Doña Isabèl,
y le mandó entrar adentro,
y al punto despachó un posta,
en que sacasen à el Reo,
y lo traygan à Palacio,
sin que le agravien un pelo,
lo executaron à el punto,
y así que los dos se vieron,
tiernamente se abrazaron,
como amigos verdaderos.
Jamete dixo: Señor,
cómo se truecan los tiempos,
de quando fui vuestro Esclavo,
muchas finezas te debo,
estoy muy agradecido,
y ahora pagartelas quiero:
traer toda tu familia
que aqui en mi acompañamiento
quiero, que estéis unos dias
mientras duran los torneos.
Estuvieron en Palacio
mas de dos meses y medio,
de todos bien asistidos,
y acabados los torneos
dixo Don Pedro: Señor,
ya me parece, que es tiempo,
que me dexéis ir à España,

que gran falta estoy haciendo:
mandó el Rey luego al instante,
que aprestassen en el Puerto
quatro Navios de guerra
con toditos sus peltrechos,
para que le acompañassen;
porque puedan defenderlo,
y à otro dia de mañana
con musicas è instrumentos
le acompañò hastà la Playas
muy grandes salvas haciendo,
y tambien le dió un Navio,
y gran porcion de dinero,
para que de èl se sirviessè,
y si acaso en algun tiempo
se viesse fatal, que aviesse,
que quedaba à socorrerlo.
Cortesmente le despiden,
navegando à vela, y remo,
y dentro de quatro dias
llegaron à ver el Puerto
de la Ciudad de Alicante,
y el valeroso Don Pedro
con su vandera de paz:
à recibirlo salieron,
haciendo rumbos salvas,
y quando cobró el tocado,
todos quedaron pismados,
y en aqueste mismo tiempo
pagò muy bien el viage
à los que con èl vinieron:
luego los quatro Navios
à sus tierras se volvieron,
y ellos saltaron en tierra
muy alegres y contentos,
dandole à Dios muchas gracias,
y à la Reyna de los Cielos.
Y ahora Juan Josef Lopez
pide perdon de sus yerros.

FIN.